PRIMERA PARTE

PRINCIPIOS Y MÉTODO

Capítulo Primero

¿POR QUÉ UNA SOCIOLOGÍA DE LA LITERATURA?

I. — Literatura y sociedad

Todo hecho literario supone escritores, libros y lectores o, para hablar de una forma más general, creadores, obras y un público. Constituye un circuito de intercambios que, mediante un aparato de transmisión extremadamente complejo, a la vez arte, técnica y comercio, une individuos bien definidos (si no siempre especialmente conocidos) a una colectividad más o menos anónima (pero limitada).

En cualquier punto del circuito, la presencia de individuos creadores plantea problemas de interpretación psicológica, moral, filosófica; la mediación de las obras plantea problemas de estética, estilo, lenguaje, técnica y, finalmente, la existencia de una colectividad-público plantea problemas de orden histórico, político, social, incluso económico. Para decirlo de otra forma, hay, por lo menos, tres mil maneras de explorar el hecho literario.

Esta triple dependencia de la literatura a los mundos de los espíritus individuales, de las formas abstractas y de las estructuras colectivas, complica el estudio. Con dificultad podemos representarnos los fenómenos de tres dimensiones, sobre todo cuando debemos hacer su historia. De hecho, la historia literaria se ha ceñido durante siglos, y a menudo se ciñe todavía demasiado, al solo estudio de los hombres y de las obras —biografía espiritual y comentario textual—, considerando el contexto colectivo como una especie de decorado, de adorno abandonado a las curiosidades de la historiografía política.

La ausencia de una verdadera perspectiva sociológica es sensible aun en los mejores manuales de historia literaria de corte tradicional. Se da el caso de que los autores tengan conciencia de una dimensión social y que intenten representarla, pero faltos de un método riguroso y adaptado a ello, permanecen a menudo prisioneros del esquema tradicional del hombre y de la obra. Las profundidades de la historia se encuentran aplastadas como en una pantalla de dos dimensiones, y el hecho literario sufre distorsiones comparables a las de un mapamundi sobre una proyección plana. Así como los mapamundis escolares nos muestran erróneamente una enorme Alaska aplastando un pequeñísimo México, también doce o quince años de Versalles aplastan en el siglo XVII sesenta años de vida literaria francesa.

Jamás se eliminarán estas dificultades por completo. Del mismo modo, una representación perfecta es imposible; lo esencial es que, biógrafos o comentadores, historiadores o críticos, los exploradores de la literatura tengan una visión completa y no deformada del hecho literario presente o pa-

sado. En realidad, nadie desconoce que escribir sea en nuestros días una profesión —o, por lo menos, una actividad lucrativa— que se ejerce en el marco de sistemas económicos cuya influencia sobre la creación es innegable. Para la comprensión de las obras no es indiferente que el libro sea un producto manufacturado, distribuido comercialmente y sujeto, por consiguiente, a la ley de la oferta y de la demanda. Y, para decirlo todo, no es indiferente que la literatura sea —entre otras cosas, pero de una forma indiscutible— la rama «producción» de la industria del libro, como la lectura es su rama «consumo».

II. — Historia

En su significado actual, la noción de literatura data de fines del siglo XVIII. Originariamente, no se «hacía», sino que se «tenía» literatura. Es la señal de pertenecer a la categoría de los «letrados». Para un contemporáneo de Voltaire, la «literatura» se opone al «público», doblete de pueblo. Se trata de una aristocracia de la cultura y, en la medida en que este hecho es un hecho social, el problema de las relaciones entre literatura y sociedad no es planteado conscientemente.

Ahora bien, desde el siglo XVI se pone en marcha una evolución que se precipita a partir del XVIII. Por un lado, los conocimientos se especializan, los trabajos científicos y técnicos tienden a separarse progresivamente de la literatura propiamente dicha, cuyo círculo se estrecha y tiende a limitarse solamente a la diversión. Ligada a la gratuidad, la literatura busca desde entonces establecer, entre ella y la colectividad, nuevas relaciones orgánicas:

lo que llamamos literatura «comprometida» es la más reciente de estas tentativas.

Además, los mismos progresos culturales y técnicos que acentúan la gratuidad de la literatura prolongan en la colectividad consumidora la necesidad literaria y multiplican los medios de intercambio. Gracias a la invención de la imprenta, al desarrollo de una industria del libro, al retroceso del analfabetismo y, más tarde, a la puesta en marcha de las técnicas audiovisuales, esto que era el privilegio característico de una aristocracia de letrados se convierte en la ocupación cultural de una élite burguesa relativamente abierta; después, en una época reciente, el medio de promoción intelectual de las masas.

Esta especialización y esta difusión, alcanzan su punto crítico en las inmediaciones de 1800. Es entonces cuando la literatura comienza a tomar conciencia de su dimensión social. Publicada por estas fechas la obra de Mme. de Staël, *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales,* es sin lugar a dudas, en Francia, la primera tentativa para unir en un estudio sistemático las nociones de literatura y de sociedad.

Mme. de Staël define así su empeño en su *Discours préliminaire:* «Me propuse examinar cuál es la influencia de la religión, de las costumbres y de las leyes sobre la literatura, y cuál es la influencia de la literatura sobre la religión, las costumbres y las leyes»[1].

Se trata, en suma, de extender a la literatura el tratamiento aplicado por Montesquieu, uno de los maestros intelectuales de Mme. de Staël, a la historia del derecho, de escribir un *Esprit de la littérature.* En el momento en que en el vocabulario de la crítica, las palabras *moderno* y *nacional* toman un nuevo sentido, se trata también de explicar la diversidad de la literatura en el tiempo y en el espacio a través de las variaciones y los rasgos peculiares de las sociedades humanas.

[1] De Staël, «De la littérature», *Discours préliminaire,* § 1.

Zeitgeist, espíritu de época, y *Volksgeist*, espíritu nacional: es en el círculo de los amigos alemanes de Mme. de Staël donde nacen y se desarrollan, a principios de 1800, las dos nociones fundamentales. Se las encuentra en la doctrina de Taine repartidas según una fórmula ternaria más ágil: la raza, el medio, el momento. La convergencia de estos tres factores determina el fenómeno literario.

Le faltaba a Taine tener clara la noción de «ciencia humana». Como le objetaba medio siglo más tarde Georges Lanson: «El análisis del genio poético no tiene nada en común, sólo el nombre, con el análisis del azúcar»[2]. Su esquema de la raza, del medio y del momento, es demasiado impreciso para englobar todos los aspectos de una realidad infinitamente compleja. Sus métodos, sobre todo, no están adaptados a la especificación del hecho literario; más allá de los procedimientos que transpone brutalmente de las ciencias de la naturaleza, sólo dispone, para dar alcance a la materia que estudia, de los medios tradicionales de la historia y de la crítica literaria: análisis biográfico y comentario textual.

Pero lo esencial de la doctrina taineana permanece. A partir de Taine, ni los historiadores de la literatura ni los críticos literarios pueden ya permitirse ignorar las determinaciones que las circunstancias externas, y en particular las sociales, hacen pesar sobre la actividad literaria.

Siendo la economía una ciencia humana, cabría esperar una mayor eficacia del marxismo que de la doctrina taineana. En realidad, los primeros teóricos marxistas se mostraron muy discretos acerca de las cuestiones literarias. El volumen que reúne los escritos de Marx y de Engels, *Sobre la literatura y sobre el arte*, es bastante engañoso. No es sino a partir de Plekhanov, a principios del siglo XX, que se construye una verdadera teoría marxista de la literatura, que es, bien entendido, esencialmente sociológica. A partir de entonces, la preocupación de eficacia política ha conducido la

[2] Lanson, G., «Méthodes de l'histoire littéraire», *Etudes françaises*, cuaderno 1.º, página 23, enero de 1925.

crítica literaria soviética (y con ella la crítica comunista) a acentuar el testimonio social aportado por las obras literarias.

He aquí en qué términos Vladimir Jdanov definía esta actitud en 1956: «La literatura debe ser considerada en su relación inseparable con la vida de sociedad, sobre la lontananza de los factores históricos y sociales que influyen al escritor; este ha sido siempre el principio director de la investigación literaria soviética. Se fundamenta en el método marxista-leninista de percepción y de análisis de la realidad, y excluye el punto de vista subjetivo y arbitrario que considera cada libro como una entidad independiente y aislada. La literatura es un fenómeno social: la percepción de la realidad a través de la imagen creadora»[3]. Y he ahí la consecuencia metodológica de esta actitud: «El principio del método histórico, que es la base de la investigación literaria soviética, toma por primer criterio de toda obra de arte el grado de fidelidad con que representa la realidad en toda su complejidad»[4].

Aunque también marxista, la sociología literaria practicada por el húngaro Georges Lukács y su discípulo, el francés Lucien Goldmann, es quizá menos rigurosa, pero más consciente de los problemás específicamente estéticos.

La principal oposición al método sociológico en la Unión Soviética fue la del «formalismo». Condenado oficialmente en los años 30, la poderosa escuela formalista pretendía aplicar una ciencia de la estética a las formas y a los procedimientos del arte literario[5]. De hecho, no es sino un aspecto de un vasto movimiento que tuvo sus orígenes en Alemania, y en el que se combinan las influencias de la filosofía neohegeliana de Wilhelm Dilthey, de la crítica filológica y de la psicología gestaltiana. Esta *Literaturwissenschaft*, o ciencia de la literatu-

[3] Traducido de Jdanov, V., «Some recent Soviet studies in literature», *Soviet Literature*, núm. 8, pág. 141, Moscú, 1956.

[4] *Ibíd.*

[5] Hagamos notar, no obstante, que entre 1927 y 1930 existió una sociología «formalista» de la literatura. Ver Struve, G., *Histoire de la littérature soviétique*, págs. 226-29, París, 1946.

ra, ha sido, desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, uno de los más serios obstáculos a la aparición de una verdadera sociología de la literatura.

Por su parte, la ciencia sociológica que, a través de Comte, Spencer, Le Play y Durkheim se había encaminado hacia una completa autonomía, dejaba de lado la literatura, dominio complejo de datos y definiciones extremadamente inciertas, y a las que protegía un cierto respeto humano.

Las tendencias sociológicas se expresaron, en el último cuarto de siglo pasado, más bajo la forma de grandes ideas directrices que como un cuerpo de método coherente. Alcanzaron a veces las tendencias formalistas: sociología del gusto con L. L. Schücking y estudio del lenguaje en cuanto a elemento social de la literatura con R. Wellek[6]. Pero el desarrollo de estas ideas se encontró bloqueado por la antinomia entre una concepción ontológica y una concepción fenomenológica de la literatura, hasta que el existencialismo de Jean Paul Sartre permitió resolver la antonomia. La idea fundamental de Sartre en *Qu'est-ce que la littérature?*[7] es que un libro no existe si no es leído.

Desde el punto de vista de la crítica universitaria, es sin duda la literatura comparada, la recién nacida de las ciencias literarias, la que ha proporcionado el mayor número de iniciativas interesantes en este campo.

El estudio de las grandes corrientes de la conciencia colectiva, a la que Paul Hazard consagró una parte de su obra[8], conduce a esta «historia de las ideas», de la que el americano

[6] Schücking, L. L., *Die Soziologie der literarischen Geschmacksbildung*, Leipzig, 1931; Wellek, R. y Warren, A., *Theory of literature*, Nueva York, 1949.

[7] Sartre, J. P., *Qu'est-ce que la littérature?*, 1946, Gallimard, 1948, Ed. Poche, 1967.

[8] Hazard, P., *La crise de la conscience européenne*, París, 1935.

Lovejoy se ha hecho especialista, y que es en lo sucesivo indispensable para una buena inteligencia de los hechos de literatura. Jean Marie Carré orientó a sus alumnos hacia los problemas de «espejismo» planteados por la visión deformada que una colectividad nacional tiene de otra a través del testimonio de los escritores[9].

Una de las ideas más fecundas en el campo de la historia literaria ha sido, sin duda, la de generación. La idea de generación ha sido expuesta de una manera sistemática desde 1920 por un discípulo de Courmot, François Mentré, en su obra *Les générations sociales*. Pero el mérito de haber sido el primero en otorgar en parte a la historiografía literaria, a través de un uso juicioso de la división por generación, la profundidad sociológica que le faltaba, recae en Albert Thibaudet, cuya revolucionaria *Histoire de la littérature française de 1780 à nos jours* apareció en 1937.

La obra fundamental de Henri Peyre, *Les générations littéraires*, aparecida en 1948, mostró realmente el significado sociológico «de este problema de inspiración colectiva que es el de las generaciones literarias»[10]. A estos nombres se puede añadir el de Guy Michaud, quien, en su *Introduction à une science de la littérature*, aparecida en Estambul en 1950, fue que yo sepa, el primero en lanzar explícitamente —entre otras cien— la idea de una sociología literaria tal como nosotros la entendemos.

Hasta una época muy reciente, la ausencia de documentación convertía en casi imposible el estudio *in vivo* de los fenómenos sociológicos de la literatura. Afortunadamente, la situación mejoró sensiblemente a partir de 1945.

En primer lugar es preciso mencionar el papel jugado por la UNESCO. Las investigaciones dirigidas por sus diferentes organizaciones han permi-

9 Carré, J. M., *Les écrivains français et le mirage allemand*, París, 1947.

10 Peyre, H., *Les générations littéraires*, París, 1948. Fue Henri Peyre quien, desde 1950, me aconsejó emprender las investigaciones de sociología literaria.

tido obtener, sobre los aspectos colectivos de la literatura, informaciones hasta entonces inaccesibles. En 1956, la comunicación de R. E. Barker, *Books for All,* hacía el balance de una documentación, por desgracia todavía demasiado fragmentaria y conjetural, pero utilizable como base de trabajo.

Además, la industria del libro se abría tímidamente a las ideas de normalización y de estudio de mercado. Desgraciadamente, la desconfianza comercial hace que muchos países estén muy atrasados en este aspecto. El único documento oficial sobre el mercado del libro en Francia ha sido, durante mucho tiempo, la excelente pero pobre *Monographie de l'édition,* de Pierre Monnet, publicada por el Cercle de la Librairie[11]. En 1960, el Sindicato Nacional de Editores franceses, encargó al Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales una encuesta sobre la lectura y el libro en Francia, y después, en 1967, al IFOP, de hacer un sondeo sobre la clientela del libro[12]. Los editores y libreros alemanes publican regularmente en Francfort del Main una abundante y precisa documentación bajo el título *Buch und Buchhandel in Zahlen.* En Gran Bretaña, capital incontestable de la edición «capitalista», los estudios parciales son ya muy numerosos. Y lo mismo sucede en los países nuevos, que intentan recuperar su atraso cultural (y lo consiguen) gracias a una política del libro inteligentemente planificada.

De esta forma llegamos a lo que hoy es, y sin duda va a ser en el futuro, el motor más eficaz de las investigaciones de sociología literaria: la necesidad de una política del libro.

11 1.ª edición, 1956; 2.ª edición, 1959; 3.ª edición refundida, 1963; 4.ª edición, 1965.

12 Ver bibliografía.

III. — Para una política del libro

En otros tiempos exigencia de la sabiduría individual, conocerse uno a sí mismo es ahora una exigencia de sabiduría colectiva. Ahora bien, en lo referente a la literatura, el propio desconocimiento de sí parece ser la regla de nuestras sociedades. La promoción de las masas anunciada desde hace más de un siglo, pero convertida en ineluctable realidad desde hace apenas una generación, ha conducido al replanteamiento de la ciudad en sus aspectos materiales. Los hechos culturales han sido mucho más negligidos. Por más que se hable mucho de ello, la noción de cultura popular permanece en todas partes marcada por un espíritu misionero y paternalista, que enmascara, en realidad, una impotencia. Como los saurios microcéfalos de la era secundaria, la ciudad del millón de hombres posee una literatura a escala del millar.

No es sorprendente, pues, que esta situación haya inquietado a los organismos responsables de la política social. En Francia, en enero de 1957, la revista *Informations sociales*, órgano de la Unión Nacional de las Cajas de Subsidio Familiar, consagró un número especial a una amplia encuesta sobre «la literatura y el gran público». Esta encuesta tiene el mérito de evocar casi todos los problemas de la sociología literaria, y su publicación puede ser considerada como un paso decisivo hacia búsquedas ordenadas[13].

Hay especialmente un artículo de Gilbert Mury, titulado *Une sociologie du livre est-elle posible?*, que justifica la sociología literaria a través del ejemplo de la sociología religiosa:

«No hace mucho tiempo que toda investigación objetiva sobre la fe y las prácticas religiosas era considerada por excelentes espíritus como un atentado contra toda mística. Hoy el episcopado católico provoca tales encuestas a fin de adaptar su acción pastoral a las exigencias de la realidad... Lo cierto es que, de los escritores a los libreros, los hombres del libro saldrían ganando con llevar a buen término el estudio sistemático de su público, para conocer mejor sus reacciones y, consiguientemente, los medios de llegar a él[14].»

Gilbert Mury nos recuerda, muy a propósito, que los comerciantes tienen su sitio en el templo de las Musas; teniendo los aspectos económicos que la religión quiere ignorar, la

13 La encuesta la forman una serie de «testimonios» de valor evidentemente desigual. Accediendo a la petición de René Mongé, redactor en jefe de la revista e iniciador de la encuesta, coordené y comenté los resultados.

14 *Informations sociales*, pág. 64, enero de 1957.

literatura no debe por ello ser más abierta a las consideraciones sociológicas. Para ella ver claro no es tan sólo una necesidad de acción, es también un buen negocio. De ello no se deduce que debamos limitarnos a consideraciones comerciales. Diderot escribe, en su *Lettre sur le commerce de la librairie:* «Un error que veo cometer continuamente a los que se dejan llevar por las máximas generales, es el de aplicar los principios de la manufactura textil a la edición de un libro».

La sociología literaria debe respetar la especificación del hecho literario. Buen negocio para el hombre de oficio, debe también ser un buen negocio para el lector, con la ayuda de la ciencia literaria tradicional —histórica o crítica— en los cometidos que le son propios. Estas preocupaciones permanecen indirectamente suyas: su papel está tan sólo en concebirlas a escala de la sociedad.

Un programa tal supone una amplia renuncia que sobrepasa las posibilidades de hombres solos y aun la de equipos aislados. En la primera edición francesa de este libro, publicada en 1958, sólo pude dar resultados parciales sobre una ínfima parte de los problemas planteados. Pero esto me permitió tomar contacto con los investigadores que se interesaban por los mismos problemas, y suscitar, además, curiosidad para acometer nuevas investigaciones. Muchas publicaciones se han hecho eco de estas investigaciones[15], y diversos congresos han mostrado que los especialistas de la crítica o de la historia literaria adoptan cada día con mayor gusto la perspectiva sociológica.

Existe ahora en Burdeos un Centro de Sociología de los hechos literarios, que funciona en el marco del Instituto de Literatura y de Técnicas artísticas de masa. Un Centro de Sociología de la Literatura acaba de ser creado en Bruselas, y en Birmingham funciona un Center for Contemporary Cultural Studies. Ecos estimulantes nos llegan de América, Alemania, Italia, Japón, África y de los países socialistas. Una auténtica sociología de la literatura está naciendo.

[15] *Tendances*, núm 1, 1959; *Chronique sociale de France*, núm. 1, 1959; *Esprit*, número 4, 1960; etc.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

Altick, R. D., *The English Common Reader,* Chicago, 1956.

Angoulvent, P., *L'édition française au pied du mur,* París, 1960.

Bolleme, G., Dupront, A., Ehrard, J., Furet, F., Roche, D. y Roger, J., *Livre et société dans la France du XVIIIe siècle,* La Haya, 1965.

Duvignaud, J., *Sociologie du théatre,* París, 1965.

Dumazedier, J. y Hassenforder, J., «Eléments pour une sociologie comparée de la production, de la diffusion et de l'utilisation du livre», *Bibliographie de la France,* París, 1963.

Escarpit, R., «*Creative Treason*» *as a Key to Literature,* Yearbook of Comparative and General Literature, núm. 10, Bloomington, Indiana, 1961.

Escarpit, R., *La révolution du livre,* París, 1965.

Estivals, R., *La statistique bibliographique de la France au XVIIIe siècle,* La Haya, 1965.

Lough, J., *English Theatre Audiences in the 17th and 18th Centuries,* Londres, 1957.

Lukacs, G., *Literatur-Soziologie,* Neuwied, 1961.

Monnet, P., *Monographie de l'édition,* París, 1956.

Pichois, C., «Vers une sociologie historique des faits littéraires», *Revue d'Histoire littéraire de la France,* núm. 1, París, 1961.

Pottinger, D. T., *The French Book Trade in the Ancient Regime,* Harvard, 1958.

Sartre, J. P., *Qu'est-ce que la littérature?,* París, 1948.

Schücking, L. L., *Die Soziologie der literarischen Geschmäcksbildung,* Leipzig, 1931.

Syndicat National des Éditeurs, *Monographie de l'édition,* París, 1963 y 1965.

Syndicat National des Éditeurs, *Etudes sur le livre et la lecture en France,* París 1960, y *La clientèle du livre,* París, 1967 (fuera de venta).

«Littérature et grand public», *Informations sociales,* núm. 1, París, 1957.

Capítulo II

¿CÓMO ABORDAR EL HECHO LITERARIO?

I. — Libro, lectura, literatura

El hecho literario se nos presenta según tres modalidades principales: el libro, la lectura, la literatura. En el lenguaje corriente empleamos a menudo estas palabras indiferentemente. De hecho, las tres nociones sólo se sobreponen parcialmente y sus límites son muy imprecisos.

Definir el libro es cosa difícil. La única definición casi completa dada hasta hoy es tan vaga, que es inutilizable: «Un soporte de cierta materia y dimensión, eventualmente doblado o enrollado, sobre el que están inscritos unos signos representativos de ciertas ideas intelectuales»[1]. Littré duda entre una definición material —«reunión de varios cuadernos de páginas manuscritas o impresas»— y una definición semiintelectual —«obra espiritual, sea en prosa o en verso, de una extensión lo suficientemente amplia para llenar al menos un volumen». Si acudiéramos a la palabra «volumen», encontraremos que se trata de «un libro intonso o encuadernado», lo que no nos dice gran cosa.

En realidad, no existe *una* definición del libro. Cada país, cada Administración, posee la suya o las suyas. En Francia, el Ministerio de Finanzas tiene ya una para la aduana y otra

[1] Esta definición de Paul Otlet es citada por De Grolier, E., en su libro *Histoire du livre,* ed. «Que sais-je?», núm. 620, PUF, París.

para el fisco. La Asamblea General de la UNESCO de 1964, recomendó la adopción de una definición estadística universal: «publicación no periódica conteniendo 49 o más páginas». Las legislaciones canadiense, finlandesa y noruega aceptan las 49 páginas. Para Líbano y República Sudafricana es preciso que sean una más. Dinamarca exige 60 páginas; Hungría, 64; Irlanda, Italia y Mónaco, 100. Contrariamente, Bélgica se contenta con 40 páginas, Checoslovaquia con 32 e Islandia con 17. En cuanto a la India, se incluye cualquier folleto en la categoría de libros. La definición del Reino Unido es de tipo financiero: se considera libro toda publicación cuyo precio sea, por lo menos, de 6 peniques (antiguos)[2].

El defecto de todas estas definiciones es que consideran el libro como un objeto material y no como un medio de intercambio cultural. Muchos de ellos incluirán la guía de ferrocarriles y excluirán la edición escolar de una obra de Racine o de Molière. Pero si algunas de estas definiciones tienen en cuenta el contenido del libro, es curioso que ninguna haga referencia al uso que se haga de él. Ahora bien, un libro es una «máquina para leer», y es la lectura lo que lo define: «Es el esfuerzo conjugado del autor y del lector que hará surgir este objeto concreto e imaginario que es la obra del espíritu» (J. P. Sartre, *Qu'est-ce que la littérature?*).

Copiado, impreso o fotografiado, el libro tiene por finalidad permitir la *multiplicación* de la palabra, al mismo tiempo que su conservación: un libro para una sola persona no tendría ningún sentido. Parece, pues, que el número de lectores deberá intervenir en la definición. Ahora bien, la unidad estadística es el *título* y no el ejemplar. Tan sólo después de 1965 las estadísticas publicadas por la UNESCO mencionan la tirada para algunos países.

[2] Según Barker, R. E., *Books for all*, pág. 17.

Es preciso, pues, considerar con extrema circunspección las estadísticas publicadas en los diferentes países. Tomemos como ejemplo las cifras de 1964. Veremos que los «gigantes de la producción» —es decir, los países con una publicación superior a los 10.000 títulos— son 9: Unión Soviética (78.204), Estados Unidos (28.451), Reino Unido (26.123), Alemania Federal (25.204), Japón (24.049), España (15.540), Francia (13.479), India (13.125), Países Bajos (10.026). Las cifras dadas para la Unión Soviética y para la India deben ser rebajadas tras los Países Bajos, pues, al ser países multilingües, las traducciones internas engrosan el conjunto de volúmenes publicados. Finalmente, Italia, víctima de una definición del libro demasiado rigurosa (por lo menos 100 páginas), debería figurar al nivel de Francia y, probablemente, por encima de ella[3].

Teniendo en cuenta las importaciones (por traducción) y las repeticiones (por traducción interior, como en la Unión Soviética), la estadística por títulos nos puede indicar, como máximo, la riqueza y la variedad de la vida intelectual de un país; nos permite evaluar (con gran aproximación) el número y la productividad de sus escritores, pero no nos da ninguna idea del papel de la lectura en la vida social.

Para analizar el fenómeno de la lectura, sería preciso tener en cuenta las tiradas —no tan sólo las de la edición, sino incluso las de la prensa. Estas generalmente son conocidas; aquellas son mucho más difíciles de conseguir.

Se puede tener, no obstante, una idea de lo que pasa examinando el consumo de papel. Una nueva clasificación de los países según estos datos, y teniendo en cuenta por una parte el consumo de papel de periódico por habitante y por otra el del papel para imprimir y para escribir, nos permite hallar de nuevo a nuestros siete «grandes» en el pelotón de cabeza, pero han sido alcanzados por los Países Bajos, Suiza,

[3] Es preciso hacer notar que la cifra de Estados Unidos no hace referencia más que a los libros *puestos a la venta*, con exclusión de las publicaciones gubernamentales difundidas por la Administración, y que, en el país del papeleo, representan un volumen considerable.

Bélgica, y los países escandinavos. La Unión Soviética y Gran Bretaña se han colocado definitivamente en primera posición[4].

Un dato interesante es la importancia comparada del libro y de la prensa en el volumen de lecturas. En Francia, en 1964, sobre unos 19'2 kg de papel para imprimir y para escribir consumidos por año y por habitante, el consumo de la industria del libro se elevaba a 1'5 kg aproximadamente. Simultáneamente, el consumo de papel de periódico era de unos 11'3 kg por año y habitante. Ahora bien, el contenido de palabras del papel periódico impreso es, a igual peso, y habida cuenta de las costumbres tipográficas, superior en una mitad al del papel de edición. Se puede pues afirmar que las lecturas puestas a disposición del lector francés a través del periódico son, en volumen, diez veces más importantes que las del libro. La proporción es válida para la mayor parte de los países de Europa occidental (Reino Unido: de 12 a 13 veces), pero en la Unión Soviética las lecturas de prensa no representan sino 4 veces las del libro, mientras que en Estados Unidos la proporción es de 200 a 1, lo que, aun descontando el espacio absorbido por una prolífica publicidad, permite dar al americano un rango honorable, pero a título de lector de periódico o de revista, no de lector de libro.

Todas las lecturas posibles no son efectivas. Partiendo de las cantidades de papel indicadas más arriba, eliminando a los analfabetos y a los niños, habida cuenta de que un mismo material sirve para tres o cuatro lectores, deberíamos admitir que un francés lee *por término medio* 40.000 palabras por día (esto es, una vez y media el equivalente del libro que tiene en sus manos) y un inglés ¡tres veces más!

Es preciso, además, tener en cuenta los no vendidos y las exportaciones. Ambos factores tienden a disminuir la parte del libro. La periodicidad de los diarios y su carácter efímero convierten a la vez en posible y necesaria la adaptación de la tira-

[4] Según *L'Information à travers le monde*, UNESCO, París, 1951, y también «Papier d'impression et papier d'écriture», *Cahiers du centre de documentation de l'UNESCO*, 11, marzo de 1954.

da a la venta a fin de evitar los remanentes. Conviene añadir que son libros lo que más se exporta. Para Francia, donde la exportación representa el 20 % de la cifra del negocio editorial, se puede estimar en el 12 ó 15 % la «falta de lectura» del consumidor francés sobre la producción nacional[5].

El libro, como podemos ver, no representa sino una pequeña parte de las lecturas posibles y una más pequeña todavía de las lecturas efectivas. Su desquite se presenta en el momento de aparecer la noción de literatura.

Damos por sabido que no definimos la literatura a través de ningún criterio cualitativo. Nuestro criterio permanece en lo que llamamos la aptitud de la gratuidad. Es literaria toda obra que no es un instrumento, sino un fin en sí. Es literatura toda lectura no funcional, es decir, la que satisface una necesidad cultural no utilitaria.

Entre las lecturas efectivas, la mayor parte son funcionales, sobre todo entre las lecturas de prensa, donde se busca sobre todo informaciones, una documentación. Pero tampoco en el libro todo es literatura.

La literatura no es sino una de las diez grandes categorías de la clasificación decimal inventada hará unos 80 años por el bibliotecario americano Melvil Dewey, y que la mayor parte de los países han adoptado para sus estadísticas:

0. Generalidades
1. Filosofía
2. Religión
3. Ciencias sociales
4. Filología
5. Ciencias puras
6. Ciencias aplicadas
7. Artes y amenidades
8. Literatura
9. Historia y Geografía

Desgraciadamente, estas categorías son muy imprecisas. En particular, Francia ha ignorado hasta 1963 la categoría 4

[5] Según Barker, R. E., *Monographie de l'édition*, 1965.

(filología), que unía, bajo el epígrafe Lingüística, a la categoría 8 (literatura). Pocos países emplean todavía la clasificación más detallada y más precisa recomendada por la UNESCO en 1964.

Por esto es que las estadísticas oficiales no pueden darnos sino indicaciones imprecisas y a menudo falsas. Si nos atenemos a la clasificación decimal y a la estadística por títulos, la «literatura» representa del 30 al 35 % de la producción francesa. Ligeramente más débil en Alemania, ligeramente superior en los países anglosajones, esta proporción es la de los grandes países productores. Las proporciones inferiores al 30 % son numerosas. Pueden incluso estar por debajo del 10 % en los países recientemente liberados del estatuto colonial, donde las necesidades técnicas aventajan a todo lo demás, y donde los equipos de escritores autóctonos no han podido todavía desarrollarse.

Además, la prensa —y en particular la prensa semanal o mensual— contiene una proporción variable, pero a menudo muy fuerte, de lecturas no funcionales con carácter literario: folletines, novelas, cuentos, ensayos, esquelas, etc. Una parte de este material es reutilizable por la edición, pero la gran masa de la producción literaria periódica es considerable y equilibra a veces la de los libros. Sin contar los *digest*, los textos publicados por las revistas del tipo *Saturday Evening Post* satisfacen en Estados Unidos la necesidad literaria de millones de personas, con perjuicio del libro.

No podemos pues confiar en las clasificaciones formales o materiales sistemáticas para hacernos una idea clara de las relaciones lectura-literatura. Es más bien la naturaleza del intercambio autor-público lo que nos permite definir lo literario y lo que no lo es. Lo mismo en la prensa que en la edición, existe un gran número de textos con *intención* funcional, de los cuales se hace comúnmente un *uso* no funcional y propiamente literario. Es este a menudo el caso de los reportajes y de las

críticas de libros, y sería fácil citar numerosas obras técnicas, científicas y filosóficas así reconocidas por el autor, pero que constituyen auténticas obras literarias y por tales las tiene el público. Todo escrito puede convertirse en literatura, en la medida en que nos permite evadirnos, soñar o, por el contrario, meditar, cultivarnos gratuitamente. G. K. Chesterton nos ha demostrado que incluso hay un uso literario de la guía de ferrocarriles[6].

Y, al revés, hay usos no literarios de obras literarias: el consumo de literatura no se identifica con la lectura literaria. Se puede comprar un libro con otras intenciones que no sean las de leerlo. Se puede leer un libro con otras intenciones distintas a las de obtener de él un placer estético o un beneficio cultural.

Podemos ver, pues, que el conocimiento del hecho literario —cualquiera que sea la modalidad por la que se le aborde— plantea problemas de psicología individual y colectiva. Una definición rigurosa de la literatura supone una convergencia de intenciones entre lector y autor; una definición más amplia exige por lo menos una compatibilidad de intenciones. Si olvidamos estas exigencias, nos será imposible ver en la lectura otra cosa que no sea el consumo mecánico de un cierto material impreso, nos será imposible ver en un libro otra cosa que no sea una de las formas de este material y, sin duda, no la más importante.

[6] En *The Man who was Thursday*, cap. I.

II. — Las vías de acceso

El método más evidente para comprender un fenómeno a la vez psicológico y colectivo es el de interrogar a un número suficiente de personas juiciosamente elegidas. Fue este método de encuesta el que empleó el Dr. Kinsey cuando quiso definir el comportamiento sexual de sus compatriotas. Habría, sin lugar a dudas, encontrado más dificultades si hubiese intentado definir su comportamiento cultural por el mismo procedimiento. Las posibilidades de una respuesta a la vez lúcida y sincera son extremadamente reducidas a partir del momento en que a alguien se le pregunta por sus lecturas. Mientras que confiar a un encuestador las particularidades de un comportamiento sexual puede complacer un exhibicionismo latente, confesar los gustos literarios (o antiliterarios) que «clasifican» con relación al medio social —por demasiado groseros o demasiado refinados—, es tan sólo algo penoso; la mayor parte de los interesados tienen ya harta dificultad en confesarse a sí mismos estos gustos.

Basta tan sólo comparar los resultados obtenidos por la observación directa y sistemática del comportamiento cultural de una persona a los que proporciona su testimonio, aun de buena fe, para comprender la extrema dificultad que presenta la explotación de los conocimientos subjetivos. Quien nos cite a Stendhal o Malraux como sus lecturas habituales y confiese que lee, a veces, una novela policíaca o dos para relajarse, no querrá admitir que el tiempo consagrado por él a la lectura policíaca es, de hecho, muy superior al que concede a sus «libros favoritos». Si menciona la lectura del periódico, olvidará aquellos minutos que consagra a la tira de dibujos y que, en total, representan un tiempo apreciable. Asimismo, pasarán desapercibidas las lecturas de la sala de espera, o las que se pasan en la biblioteca de los niños; ¿quién podrá jamás apreciar a través de una encuesta la enorme importancia de libros como *Pinocho* o los álbumes de *Los 4 Ases* y *Alix* en las lecturas del adulto cultivado?

El trabajo es más fácil cuando se trata de historia. Los documentos tienen menos pudor que los testimonios. Un cierto número de datos recopilados sobre los recuerdos, la correspondencia, las citas de conversaciones, las alusiones, los catálogos de las bibliotecas privadas, permiten reconstruir con bastante rigor la *Belesenheit* —el conjunto de lecturas— de una persona dada, a condición de que haya pertenecido a un medio social lo suficientemente «culto». No existe casi ningún medio de apreciar, en el comportamiento cultural de

las masas, la importancia de las muy numerosas lecturas difundidas, desde la aparición de la imprenta, por los buhoneros, y cuyo contenido analizó Charles Nisard en el siglo XIX en su *Histoire des livres populaires ou de la littérature de colportage*[7].

Hay aquí un amplio campo cuya explotación no puede negligir el historiador literario. Es lo que se llama la «subliteratura», o la «infraliteratura», o las «literaturas marginales»[8]. Entre esta zona ignorada de los manuales hasta una época muy reciente, y el dominio de las obras «nobles», existen constantes intercambios a nivel de temas, ideas y formas. Y llega aún a suceder que una obra pasa a veces de un sector a otro. Como se verá más tarde, pertenecer a la literatura o a la subliteratura no se define por las cualidades abstractas del escritor, de la obra o del público, sino por un cierto intercambio[9]. Es por lo que el desfase tantas veces constatado en el curso de los siglos entre lo que se lee y lo que se debería leer, ha sido siempre considerado como un motivo de escándalo y de vergüenza por la categoría de los letrados, e igualmente, el que está llamado a dar testimonio frente al historiador y aquella a la que pertenece el sociólogo.

Si, rehusando el testimonio del lector, se pregunta al escritor, se corre el riesgo de que la decepción sea aún mayor. En la misma medida en que el acto de la creación literaria es un acto solitario y libre, exige una cierta independencia de las exigencias sociales. Dicho de otra forma, si el escritor debe, en tanto que hombre y en tanto que artista, representarse a su público y sentirse solidario con él, sería peligroso que tuviera una conciencia demasiado clara de las determinaciones que este público hace pesar sobre él. Se ha comparado el acto de creación literaria al gesto del náufrago que lanza una botella al mar: la comparación no es justa, sino en la medida en que el náufrago se representa al salvador al que dirige su mensaje, se siente solidario con él,

[7] Ver también Brochon, P., *Le livre de colportage en France depuis le XVIe siècle*, París, 1954, y Seguin, J. P., *Nouvelles à sensations et canards du XIXe siècle*, París, 1959.

[8] «Littérature et sous-littérature» es el título del núm. X (1961-62-63) del *Bulletin du Séminaire de littérature générale* de Burdeos. Thérive, A., emplea la expresión «infraliteratura» en su libro *La foire littéraire*, París, 1963. Finalmente, el volumen III de la historia de la literatura de la *Encyclopédie de la Pléiade*, consagra varios capítulos a las «literaturas marginales» (literatura de buhonería, novela popular, etc.). El VI Congreso de la Sociedad Francesa de Literatura Comparada (Rennes, 1963) ha abordado, sobre todo, este problema. Ver nuestra comunicación *Y a-t-il des degrés dans la littérature?*

[9] Cf. Capítulos VI y VIII.

pero ignora hacia qué orillas desconocidas llevarán las corrientes su mensaje.

El testimonio de los intermediarios del libro podría tener más valor, pues editores, libreros y bibliotecarios controlan los principales rodajes del mecanismo de los intercambios. Desgraciadamente, para las dos primeras categorías, el secreto comercial es una mordaza demasiado eficaz. Por otra parte, aun cuando editores y libreros estuvieran dispuestos a dar indicaciones, serían a menudo incapaces de ello, faltos de medios materiales para conocer la exacta medida de su propio cometido. Para la mayor parte de ellos, su despacho o su tienda son puestos de mando cerrados, desde donde, sin embargo, ejercen a ciegas una influencia real y decisiva sobre los escritores y el público.

El caso del bibliotecario es un poco distinto, pues está generalmente en condiciones de dar testimonio directo sobre el comportamiento de sus lectores. El inconveniente es que este testimonio no se refiere sino a una parte muy reducida y especializada de público: la del lector de biblioteca. Es preciso, sin embargo, no despreciar esta estrecha puerta, la única casi que permite penetrar a pie firme en la realidad del consumo literario. El estudio de la biblioteca de empresa es el único medio serio de abordar el problema de la lectura entre el elemento obrero.

Es a través del estudio de los datos objetivos explotados sistemáticamente y sin ideas preconcebidas que será preciso abordar el hecho literario.

De entre los datos objetivos vamos a utilizar en primer lugar los estadísticos.

Por raras e incompletas que sean las estadísticas referentes a la industria y al comercio del libro, pueden ser útilmente reconstruidas y proporcionar conocimientos aprovechables. En su *Index Translationum*, en sus *Cuadernos del Centro de Documentación*, la UNESCO no cesa de proporcionar noticias. En Francia se levanta ya un poco el velo, y distintas iniciativas constituyen loables esfuerzos de claridad: así, la *Monographie de l'édition*, ya mencionada y, mejor aún, las listas de las primeras tiradas más importantes, publicadas regularmente desde hace muchos años por las *Nouvelles littéraries*[10]. Además, muchos bibliotecarios son capaces de proporcionar datos muy precisos sobre los lectores que fre-

10 Para una explotación de estos conocimientos, ver el artículo de Charensol, G., en *Informations sociales*, págs. 36-48, enero de 1957.

cuentan sus establecimientos y los libros que en ellos piden. Incluso se pueden entrever sondeos entre el público.

En la medida en que los conocimientos son accesibles, es igualmente posible utilizar estadísticas históricas fundadas sobre listas de obras o de escritores para descubrir diversos fenómenos de evolución. En las páginas que siguen, se encontrará sobre todo la explotación de un muestrario de 937 escritores franceses nacidos entre 1490 y 1900[11].

Los datos estadísticos permiten hacer resaltar las grandes líneas del hecho literario. Es preciso entonces interpretarlas por medio de otro tipo de datos objetivos proporcionados por el estudio de las estructuras sociales que encuadran el hecho literario y de los medios técnicos que lo condicionan: regímenes políticos, instituciones culturales, clases, capas y categorías sociales, oficios, organización de ocios, grado de analfabetismo, estatuto económico y legal del escritor, del librero, del editor, problemas lingüísticos, historia del libro, etc.

Se puede finalmente llegar al estudio de casos concretos según los métodos de la literatura general o de la literatura comparada: éxito de una obra, evolución de un género o de un estilo, planteamiento de un tema, historia de un mito, definición de un ambiente, etc. Es entonces cuando los datos subjetivos alcanzarán todo su valor, y que el investigador, con la ayuda de encuestas, interrogatorios, testimonios orales y escritos, reconstruyendo los conocimientos que le proporcionan las «historias de casos», puede otorgar toda su significación a los fenómenos observados objetivamente.

La lista de los programas en curso en 1967 en el Centro de Sociología de los Hechos Literarios de Burdeos, mostrará la variedad de las investigaciones y de los métodos:

Programa núm. 1. — *Méthodologie de l'histoire et de la critique littéraires* (R. Escarpit). Estas investigaciones, ya antiguas, van referidas a la comunicación autor-público, al problema de las generaciones y de los equipos de escritores y a las condiciones económicas del hecho literario.

Programa núm. 2. — *Psychosociologie du lecteur* (N. Robine).

Programa núm. 3. — *Le roman populaire au XIX^e siècle* (P. Orecchioni).

11 Todas las investigaciones estadísticas utilizadas en esta obra han sido empleadas gracias a los servicios técnicos del Instituto Nacional de Estadística de Burdeos.

Programa núm. 4. — *La formation et l'expression du jugement esthétique en milieu d'entreprise* (H. Marquier).

Programa núm. 5. — *La terminologie littéraire* (A. Boisson). Este último programa fue emprendido, conjuntamente, con el proyecto de Diccionario Internacional de Términos Literarios, patrocinado por la Asociación Internacional de Literatura Comparada. Como lo ha hecho notar R. Wellek, es principalmente a través del lenguaje que la literatura adquiere una dimensión social.

Esto no son sino orientaciones posibles entre muchas otras. En este terreno, prácticamente virgen, está todo por descifrar.